

José ORLANDIS ROVIRA, *Historia de la Iglesia. I. La Iglesia antigua y medieval*, Eds. Palabra, Madrid 1974, 468 pp.

José Orlandis Rovira es bien conocido en el campo de los estudios históricos, tanto por sus valiosas publicaciones, como por su presencia activa en la vida universitaria. Catedrático desde 1942, durante muchos años ocupó la cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de Zaragoza. Fue Decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, en la que es titular de Historia de las Instituciones Eclesiásticas, y dirige el Instituto de Historia de la Iglesia de la misma Universidad. Durante ese cuarto de siglo largo, ha prestado especial atención a la Edad Media, fruto de cuyo esfuerzo son: *El poder real y la sucesión al trono en la Monarquía visigoda* (Roma-Madrid 1962), *Estudios sobre instituciones monásticas medievales* (Pamplona 1971) y *El reino visigodo (siglos VI y VII)* en *Historia económica y social de España*, vol. I (Madrid 1973), aparte de una muy abundante producción científica aparecida en las revistas de su especialidad. También es justamente conocido como penetrante pensador y humanista cristiano, interesado por los temas de más palpitante actualidad, como prueban sus monografías *La crisis de la Universidad en España* (Madrid 1966), *La vocación cristiana del hombre de hoy* y *El espíritu de verdad* (las dos últimas con varias ediciones a lo largo de la década de los sesenta).

Su *Historia de la Iglesia* contiene una gran labor de síntesis y en ella se transparenta la reposada reflexión del autor sobre

la Iglesia en las Edades Antigua y Medieval. "El propósito de este libro —comenta— es ofrecer una visión de conjunto de la historia de la Iglesia Católica, desde su primera manifestación pública, el día de Pentecostés, hasta la segunda mitad del siglo xv, cuando el mundo entró de lleno en los tiempos modernos". A tal finalidad, el estilo correspondiente y la forma adecuada: "Se ha escrito esta obra con la intención de que sirva mejor de libro de lectura que de texto de consulta. Esta segunda finalidad la cubren hoy perfectamente diversas y valiosas "Historias" —grandes tratados y extensos manuales—, en las que el estudioso encuentra la más cumplida información sobre cualquier aspecto que pueda interesarle del pasado de la Iglesia. Nuestro propósito ha sido, en cambio, trazar las líneas maestras que han perfilado la existencia de la Iglesia a través de los siglos, con objeto de facilitar esa clara noticia acerca de la evolución histórica que debe tener todo cristiano consecuente y aún cualquier persona con un cierto nivel de cultura". De todas formas, no se engañen los lectores por el tenor de las anteriores palabras. El libro que comentamos no es un resumen más con aires de alta divulgación; constituye un *ensayo* —éste es su género— de interpretación, aventura científica muy arriesgada que pueden cultivar los profesionales de la historia, sólo cuando alcanzan un conocimiento de amplia perspectiva como resultado de muchos años de dedicación a investigaciones parciales.

Por otra parte, es de todos conocido que abundan los estudios sobre temas específicos, las monografías y trabajos especializados. Pero también es notable el vacío cultural que hoy puede advertirse en vastos sectores, incluso católicos, en torno a la historia de la Iglesia. Por eso Orlandis intenta "ofrecer a un público lo más amplio posible el panorama cabal de quince siglos de historia cristiana", para que este campo del saber no quede reservado a una minoría de eruditos.

Desde tales premisas es fácil entrever algunas de las características del presente estudio. "No se encontrará *todo* lo que ocurrió en el pasado cristiano —dice el A. en el prólogo—, sino tan sólo aquello que haya sido históricamente significativo. Así, en vez de acumular una ingente masa de datos y enumerar exhaustivamente nombres y pormenores, cuya importancia no rebasó las más de las veces el ámbito de una institución o de una Iglesia particular, hemos tratado de seleccionar aquellos hechos que fueron de verdad determinantes para el

desarrollo histórico de la Iglesia universal. Y, eso sí, procurando hacer entonces no una simple exposición de los acontecimientos, sino relacionar éstos entre sí, situarlos en su adecuado contexto, inquirir su fin, en la medida de lo posible, no tan sólo *qué* cosas han sucedido, sino también el *porqué* y el *cómo* han ocurrido esas cosas”.

La obra está centrada en el pasado de la Iglesia Católica, sin considerar la historia de otras confesiones cristianas. En tal ambiente, el A. contempla la historia de la Iglesia con mirada y sentido de creyente; más aún —son sus palabras—, “parece lícito afirmar que esa actitud no tan sólo puede conjugarse con las exigencias metodológicas del trabajo histórico, sino que hasta resulta obligado para escribir con propiedad la historia de la Iglesia. Es ésta una tarea que sólo puede realizarse adecuadamente desde la fe, y el historiador eclesiástico habrá de juzgar los hechos a la luz de la fe, si es que quiere captar su sentido más pleno”. La razón de ello radica en la misma esencia de la Iglesia de Cristo, realidad divino-humana, misterio en definitiva. Lo más importante —la vida sobrenatural— no constituye historia, porque escapa a la percepción de la pura razón natural y a la capacidad de la ciencia empírica. Pero la salvación y la vida sobrenatural que comunica la Iglesia se realiza en el tiempo y entre los hombres. Por eso “el historiador se encuentra así ante la aparente paradoja de saber que el elemento medular de esa existencia de la Iglesia que intenta reconstruir no constituye materia histórica, en una acepción puramente humana, ni puede, por tanto, ser investigado en cuanto tal. Y, por otra parte, no le resulta lícito a ese historiador hacer abstracción de aquel factor esencial, ya que solamente podrá captar en su integridad el objeto de su estudio —la Iglesia—, si es bien consciente de la existencia en ella de un elemento misterioso”. De ahí que mejor puede escribir la historia de la Iglesia quien es creyente, porque es capaz de trascender los análisis de la ciencia puramente empírica. Cualquiera que estudie la Iglesia con visión humana y natural, podrá aportar valiosos resultados parciales, pero será incapaz de captar su dimensión más profunda.

La obra del Prof. Orlandis responde a los objetivos propuestos. No hay en ella abundancia de citas ni de aparato crítico, que entorpecería su lectura. Para quien quiera adentrarse en un estudio más detallado, el A. ha seleccionado al final la bibliografía de mayor interés para cada tema. Los mapas

y los índices finales ayudarán a mejor encuadrar geográfica e históricamente cualquier acontecimiento.

Primitivo TINEO

J. M. CASCIARO, *Jesucristo y la sociedad política*, Eds. Palabra, Madrid 1973, 118 pp.

La figura de Jesús está hoy en el centro de una amplia discusión que nos gustaría llamar teológica, pero que en realidad es política. Una nueva lectura del Evangelio (¿cuántas hemos tenido a partir de Reimarus?) nos hará descubrir —dicen— a Jesucristo como reformador. Pero, ¿se trata de un verdadero interés exegético el que mueve a tales investigadores? Nos atrevemos a dudarlo, a pesar de la erudición de que algunos alardean. La realidad es que el cristocentrismo, al centrar el interés de la investigación sobre Cristo, encubre hoy en día, más allá de las legítimas exigencias que lo motivaron, el afán de “reinterpretar” para el “hombre de hoy” no solamente el Evangelio, sino el sentido y el fin último de la vida cristiana. Se pretende —nos parece—, no tanto apoyar la vida sobre el dato sencillo del Evangelio leído según la Tradición y el Magisterio, como “reconsiderar” el relato sagrado a la luz de las ideologías más en boga, cuales son las doctrinas marxistas sobre la historia y la sociedad.

Nada hay nuevo bajo el sol. Esos exégetas que pretenden ser la expresión teológica de las minorías sensibilizadas frente a las alienaciones de nuestra sociedad, siguen de manera harto cansina errores que pertenecen ya a los siglos pasados, incluso a los primeros de la era cristiana. Cuando ponen el acento en el aspecto soteriológico de Cristo, abocan en el Cristo —para mí— de Lutero; hablan a veces de una “liberación integral”, que termina inevitablemente en un programa político de corto alcance; quieren también eliminar una “imagen monofisita” de Cristo que —dicen— la mentalidad griega introdujo subrepticamente en un molde mesiánico; etc. Tales afirmaciones recuerdan, ora las tentativas de Celso, Porfirio, Fausto Maniqueo y Nestorio, cuando no sugieren los esfuerzos de los modernos Hegel, Strauss o del protestantismo liberal. Parece como si los corifeos de tales “nuevas” doctrinas hu-